

GUILLERMO ARA

MARTINEZ ESTRADA, INTUICION Y RIESGO

EN UNA de sus meditaciones sobre el destino de América, Emerson se preguntaba por qué no podríamos gozar nosotros una visión original e independiente del hombre y preconizaba para alcanzarla, una filosofía "de la intuición" como medio de remplazar el mero conocimiento histórico que, en su juicio, padecemos de la filosofía europea. Nuestro Martínez Estrada fue uno de esos talentos intuitivos que reclamaba Emerson aunque él declarara al fin de su camino como poeta que en adelante la mano derecha ocuparía la labor que hasta entonces había realizado la mano izquierda, la de la emoción espontánea. El país, en la imagen que de él nos ofrece el ensayo de Martínez Estrada, se nos aparece en gran medida como el producto de un conflicto transferido aunque la dosis de subjetividad latente en su obra trate de ocultársenos con obstinada pero no siempre triunfante voluntad. Esto significa, por una parte, que la técnica de apariencia científica no es en él una garantía de objetividad. Y por otra parte, que la imagen del país que sus libros proporcionan está dada por así decir en una segunda potencia: es relativamente la que el ensayista produce pero también la que una personalidad conflictiva como la del autor nos hace sospechar a través de sus modos de reaccionar frente a esta realidad argentina que él vive y padece. La zona revelada del hombre y del país no es mayor que la reducida a permanecer oculta, como asimismo se hace patente a pesar de los densos volúmenes destinados al esclarecimiento. Martínez Estrada se confiesa tantas veces aplomado como inseguro en el análisis. Reconoce que los países jóvenes —¿solamente los jóvenes?— se resisten a una cómoda inspección, que "son fáciles de estudiar pero difíciles de entender". Su perplejidad denuncia además que en última instancia lo que ha aumentado no es tanto la posibilidad de ahondar en el enigma, como el número de instrumentos con que la ciencia pretende cercarlo. Esta

es la "esfinge argentina" de que Sarmiento hablaba en el *Facundo*, la esfinge que él enfrentaba con acuciosas preguntas sin hallar respuesta. Se ve bien que un libro como *Radiografía de la Pampa*, en sugestivo paralelo, remplaza la esfinge por una placa, pero que en definitiva, nuestra realidad continúa en la sibilina penumbra que era ya la tortura de nuestros hombres del 37. Pero en definitiva debe declararse que en efecto, no se trata en este caso de un sociólogo que apoya sus conclusiones sobre una investigación "de campo" y en estadísticas ofrecidas por la sociedad en estudio, sino de un real ensayista, un intelectual que somete esa realidad a una libre exploración de índole personal, apasionada y febril. Homero Guglielmini, otro hurgador semejante, decía en 1939 (Prólogo a *Temas existenciales*): "Vanidad grande la de quien pretenda eludir el peso de su propia existencia, de su propia persona concreta". Y luego, ya del todo instalado en el centro de la búsqueda: "Lo que yo soy a mí sólo me interesa... Pero lo que nosotros somos, a todos nos interesa y debe interesarnos". Recordemos que un ensayo de idéntica intención de Eduardo Mallea lleva por título —título que puede aplicarse a casi todos estos trabajos— *Historia de una pasión argentina*, en el que se lee: "Después de intentar por muchos años, paliar mi aflicción inútilmente, siento la necesidad de gritar mi angustia a causa de mi tierra, de nuestra tierra". Martínez Estrada declaró a su turno que muchos capítulos de *Radiografía de la Pampa* le costaron lágrimas y que hubiera querido no escribirlos.

Radiografía de la Pampa apareció en 1933 en un momento de honda crisis de los valores morales y políticos. Tres años antes, Homero Guglielmini denunciaba en *Alma y estilo*: "Que yo sepa, muy poco se ha dicho de la esencia del alma argentina. Sin embargo, la argentinidad es un hecho espiritual que a diario palpamos: la llevamos cada uno de nosotros, con su carga de virtudes y de vicios, acaso más de vicios que de virtudes...". El primer ensayo de Martínez Estrada maduraba ya en el cerebro de su autor. La necesidad de denuncia y el análisis espectral de nuestra realidad habían cumplido el término de lo impostergable.

Un apoyo erudito en lo literario y científico condiciona hasta cierto punto las ambiciones esclarecedoras de Martínez Estrada. Esas guías proceden, en lo fundamental, de fuentes europeas: Simmel, Werfel, Jung, Adler, Nietzsche, Max Scheller y otros. Consideraciones generales muy pesimistas sobre el hombre, presiden los avances del ensayista. He aquí algunas: "El hombre es animal de dominio y esperanza... pero a medida que decaen ambas potencias de poseer

y conservar por la simple acción mecánica de vivir, brotan en él sentimientos diametralmente opuestos: la impotencia y el miedo". Y esta otra: "La necesidad de afirmarse en la vida y resistir las acechanzas, tornan al hombre hostil y cruel". Otros pasajes sientan el principio de que la ocultación y el prurito de autoridad y respetabilidad gobiernan la debilidad y la vanidad del hombre, sometido sin escapatoria al caos y al azar. Se explica que en un estudio sobre Wells estampara esta frase: "Todo optimismo es culpable" y que en otros tópicos de ese trabajo ataque al error de "proponer una terapéutica homeopática a males que exigen el trépano, el bisturí y el serrucho". Una idea que tanto aquí como en *La cabeza de Goliath* (1940) rige parte de sus concepciones, es la polaridad dinamismo-estatismo. En general puede decirse que para Martínez Estrada el ritmo que mantiene tanto el equilibrio geográfico como el desenvolvimiento histórico, es ritmo de evolución, de pausa y que la apariencia de aceleración que revisten p. e. la invasión del blanco europeo en la América indígena como la introducción de la máquina moderna en ámbitos de industria manual, no son otra cosa que formas de subversión contra la verdad profunda de la tierra y la sociedad. Los bienes que obtiene el conquistador, son bienes espurios, malhabidos. Son frutos de esa imposición que contraría el ritmo lento y creador de la tierra. Frente al conquistador que fija, determinándolo para siempre, un nuevo sentido del orden y de la propiedad está el mestizo, el nativo, en real unidad con el elemento más dinámico subsistente en la pampa, el ganado, cumpliendo los mandatos de su propia ley, en abierta transgresión a la ley escrita pero ilegítima. "El caudillo —dirá Martínez Estrada— simbolizaba un inconsciente anhelo de legitimidad en la conducta, de seguridad en la ganancia; era, entre todas las formas del azar que asumían las instituciones en sus orígenes, la menos aleatoria". Estos conceptos, centrada ya nuestra atención en el ámbito particular argentino que es donde naturalmente quieren insertarse, nos proponen también una idea de *barbarie* que Martínez Estrada modula en distintos niveles desde esa raíz de autenticidad en que lo bárbaro es lo verdadero y positivo hasta las maneras de ocultamiento y fraude, de suplantación y deterioro con que las ideas y teorías extranjeras enmascaran las energías torpemente reprimidas. Martínez Estrada señalará en el análisis freudiano a que somete nuestra realidad el peligro de afloramientos, del retorno a esos estados "regresivos" y señalará también la condición patológica que implica semejante estructuración forzada. El libro ofrece al final esta solu-

ción terapéutica: "Tenemos que aceptarla con valor para que deje de perturbarnos. Traerle a la conciencia para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud".

La mayor parte de nuestras deformaciones o malformaciones encuentran en el miedo un ángulo de explicación. Ese miedo viene de lejos y el primero en experimentarlo fue el conquistador. De las fundaciones en la pampa desmesurada, escribe Martínez Estrada: "Un gran azar había nacido de un gran caos y lo que iba a quedar en pie era el miedo". Ese sentimiento se desplazaría del ámbito pampeano a las ciudades. Es aquí donde aún alienta y configura —o desfigura— todo el quehacer del hombre, obligándolo a una flagrante substitución. En los tópicos respectivos del libro se ubican como "temores y peligros" las codicias, las presiones del terror y sus secuelas. Y todo esto —envilecimiento, esclavitud, codicia, prepotencia y fraude— son manifestaciones de aquel pavor primitivo, animal, pánico, que experimentó el primer poblador y que el último no ha superado aún. Allí, en la subconsciencia, como anhelos censurados permanecen sin embargo, "más vivos que nunca".

Martínez Estrada insiste en forma agobiadora en este tipo de explicaciones. La nuestra será siempre una superestructuración, una realidad postiza. En *La cabeza de Goliat* sentará la paradoja de que nuestra historia no es la escrita sino la dada por la paleontología. Y nuestro mejor historiador, naturalmente, Florentino Ameghino. En *Radiografía* sienta irónicamente: "Como no hay muertos debajo de nuestros pies, como más vale no mirar atrás en la historia ni en la genealogía, lo más cuerdo es mirar hacia adelante, hacia el futuro... un futuro construido de modo irracional, sobre la nada..."

Radiografía de la pampa enjuicia negativamente, como se ve, nuestra formación étnica, social y política. Niega verdad a nuestra historia, razón de ser a nuestras inquietudes, sentido a nuestras ciudades, valor a nuestras ambiciones, a nuestra fe, a nuestros libros y nuestros deportes. La estimación de nuestra cultura mostrará algunas variantes, con el tiempo. Nada hay de computable en el momento de *Radiografía de la pampa*. En *La cabeza de Goliat* persiste: "No tenemos filósofos, ni escritores, ni hombres de ciencia, ni artistas que puedan ser considerados en paridad con los de otros países...". En *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948) salva como ejemplares el Santos Vega de Hilario Ascasubim, el *Facundo*, el *Martín Fierro*, *El matadero*, *Amalia*, "muchas obras de Hudson y los informes de los viajeros ingleses sumados a los que escribimos". Fuera de ellos y como se ve, incluidos en ellos los propios, los demás "no

pasan de ser cuerpos extraños en el organismo de nuestra literatura". En *La cabeza de Goliat* hace una cruel caricatura de Carlos Guido Spano —"este venerable anciano vivió tanto como Sófocles y escribió tan bien como Matusalén"—, pero en *Cuadrante del pampero* (1956) considera que "tenemos una literatura propia y además que es buena. Me parece que a la altura de la mejor del idioma. Representativa de un medio geopolítico, de una población, de un cosmos de costumbres, un modo de pensar, vivir, sentir, peculiares". Ya en el hilo de estos motivos, recordemos declaraciones formuladas en 1959 a Emmanuel Carballo en México. Allí dijo: "Tengo un gran respeto por la obra de Borges y Mallea. Lamento que vivan dando la espalda a la parte del pueblo que necesita la ayuda de los intelectuales y los escritores... tanto Borges como Mallea son escritores de esa otra realidad apócrifa, creada y sostenida por aquellos que juzgaron y aún juzgan que la Argentina era y es un país de forma concluida y con muy pocos defectos" (*La Gaceta*, Año xi, Núm. 124, México, diciembre 1964).

La cabeza de Goliat es de 1940. Un capítulo —Buenos Aires— con tres apartados (I, Argirópolis; II, La gran Aldea; III, La ciudad Indiana) y muchas referencias circunstanciales preludian en *Radiografía de la pampa*, la redacción de este libro. Las mismas ideas, las mismas geniales intuiciones, las aventuradas hipérboles y las desconcertantes paradojas que en el libro anterior. Se observa una mayor cercanía a los tópicos sujetos a reflexión y una proliferación de motivos como consecuencia de esa aproximación más íntima a sus objetos. Es libro compuesto por yuxtaposición y ese parcelamiento conspira contra la visión general, encendida ahora en una taracea discursiva que quita unidad al conjunto. Hay naturalmente una teoría de la ciudad y una conceptualización del hombre civilizado en función urbana determinante. Desde el énfasis desgarrador y fustigante hasta la más sutil y cruel ironía revelan sus reacciones ante el panorama inmenso de esa pampa vertical que es para él la ciudad de Buenos Aires "espejismo de la sed en el desierto", "cosmópolis de la llanura", "clave de la indescifrable tristeza campesina". Los sentidos, la directa percepción ayudan aquí a incorporar aspectos antiguos o modernos de la ciudad. Los documentos oportunos apoyan la única impresión de relativo apego al conglomerado urbano de que Martínez Estrada parece capaz porque esos documentos le hablan de una vital y consubstanciada unidad del habitante con su medio propio, pues como él afirma "el salvajismo es más bien el estado de supercivilización, donde el hombre en vez de manejar

la clava establece una confitería y en vez de pasar a cuchillo a una familia entera, busca la producción de un gas mortífero para toda la ciudad". Como en *Radiografía*, Martínez Estrada atisba la realidad urbana desde el ángulo de la movilidad gratuita, de la urgencia por simple impulsión dinámica, sin objeto preciso cuando no observa, en paralelo con Spengler, que en ese empleo de energía "el hombre urbano que es por excelencia el cazador, el destructor de vida, obedece a su viejo, inextinguible instinto depredatorio". Como consecuencia de aquel estado de instinto cavernario la ciudad ostenta todas las formas de brutal expansión porque ella proporciona a su habitante "sustento cotidiano para saciar su sevicia". Pero hay todavía un modo de acercamiento no agresivo sino ligeramente cordial a una zona urbana que es la que se recoge en los barrios humildes del oeste, barrios donde es posible codearse con el hombre cabal y gozar las calles "con cierta hospitalidad de patio". La otra forma de simpatía, normalmente sobrecogida y tierna la ofrecen los pájaros, que en Buenos Aires, según observa el ensayista, viven en mayor número encerrados en jaulas que en los árboles y las plazas. El elemento lírico, a que aludíamos al principio se hace en estos momentos muy nítido, casi sollozante, pero el gesto hispido, de hurañía y rechazo —no menos subjetivo— recobra su vigencia bien pronto y queda al fin como dominante en el sabor total de la lectura.

El tercero entre los cuatro ensayos de Martínez Estrada más importantes, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, apareció en 1949. Es un intento de exégesis total del poema cuyo único antecedente de cercana envergadura resulta ser *El payador* que Lepoldo Lugones no llegó a completar en la integridad de sus partes. El instrumento ofrecido por el psicoanálisis le permite a Martínez Estrada el enfoque desde distintos ángulos en lo literal y en lo que se supone subyacente en el alma del autor y en la intencionalidad manifiesta y la oculta. Así se llega al riesgo de esta apreciación: "(Hernández) abrazó el partido de los gauchos por disgusto, por reacción contra ellos". El suyo habría sido un amor al hombre de la pampa "que nace por ambivalencia del odio". En la densidad de sus casi ochocientas páginas cabe la minuciosa descripción del ámbito pampeano en geografía, historia y vida social, tanto como el pormenor biográfico y el análisis de personajes, clima político, investigación formal y enjuiciamiento de la crítica. El libro abunda en agudas estimaciones sobre lo gauchesco y la tradición gaucha en lo humano y lo literario. La exposición padece una complejidad de

miras que a veces se nos vuelve confusa y aún contradictoria. "Procuró ser sencillo pero sé que no lo soy" dijo en *Cuadrante del Pampero* mientras se calificaba a sí mismo de "intuitivo y razonador". Este ensayo muestra como los anteriores las ventajas y los riesgos del método de trabajo a que lo sometía sin resistencias una innata propensión a penetrar en los textos literarios y en la vida del país armado de una portentosa fantasía, que le hizo confundir muchas veces la libre creación imaginativa con la verdad de una reconstrucción fiel de la realidad y de los textos. Pero estos reparos se nos ocurren injustos cuando nos obligamos a una valoración general y estimamos la dosis de fuerza y la suma de incitaciones que una obra como ésta ha sido capaz de suscitar.

Sólo dos años después Martínez Estrada entregó al público *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, un libro de apasionado fervor, personalísimo y único dentro de su bibliografía. Los ensayos anteriores mostraban, como señalamos, su rebeldía y su disconformismo, parecían complacerse en destacar los desacuerdos y frustraciones por sobre cualquier forma de reconocimiento o complacencia. Las vetas de cordial aceptación del mundo vivo que como vimos asomaban esporádicamente en su *Radiografía* se expanden hasta la jubilosa contemplación del universo natural a través de una personalidad que como la de Hudson era capaz de revelar en él una intimidad recogida en goce y optimismo biológico y mental. Martínez Estrada vio en Hudson a un hombre cabal, al hombre que se supone como ejemplaridad de conducta en afinidad de espíritu y mundo, el ser ideal que podemos crear por contraposición de todo lo que rechaza y fustiga en los ensayos anteriores. Si en el lado intelectual se veía a sí mismo repitiendo el contradictorio itinerario sarmentino, era en la jubilosa y no racionalizada intuición de Hudson donde se encontraba en paridad de posibilidades creadoras. Lo dice bien en las últimas palabras del libro: "Porque la inteligencia es, por función propia, destructora de misterios... Pero entre el cielo y la tierra, decía Hamlet, hay muchas cosas que no comprende la filosofía". La intuición, su modo de aproximación más frecuente a los hombres y a los libros asume en esa obra el carácter de una aventura sin riesgo ni errores, de simple y amorosa comprensión.

Los trabajos restantes de Martínez Estrada lo hallaron comprometido de lleno con los problemas de la actualidad política y social argentina y americana. Soslayados o totalmente marginados en su obra anterior, esos problemas saltan al primer plano de su pen-

samiento mientras padece por largos años una penosa postración física. Después de la revolución del 55, Martínez Estrada vuelve al apóstrofe de signo profético con *¿Qué es esto?* y *Cuadrante del Pampero*, en un tono de enfática reprobación y exhortación conminatoria (*Mensaje a los escritores, Exhortaciones*, 1959).

En *Cuadrante del pampero* no ha variado el cuadro de altivo menosprecio con que enjuiciara de su *Radiografía*, hombres y cosas del país. Lo que ha variado es, como hemos dicho, el tono de la censura, que ahora acusa las líneas de una radical desesperanza, más visible aún porque encara la dura realidad del momento, como una actualidad caótica. "En cuanto a nuestro querido pueblo —exclama en las declaraciones de aquel libro— quizá no lo haya más conservador y plagado de prejuicios milito-clericales en todo el orbe civilizado. Se lo saca del atolladero de una dictadura y hay que estar vigiéndolo y tratándolo con contemplaciones porque porfía por meterse en otra..." En ese momento se le hace urgente declarar cuál sea la misión del escritor y proclama su posición como la única plausible y necesaria: "Con la vida, las gentes y la naturaleza, cargo mi estilográfica... Creo que tengo el deber de contribuir con mi aporte, valga mucho o poco, a la tarea común de reconstruirmos... de purificarnos...".

Las publicaciones reunidas bajo el título de *Exhortaciones* (1957) asumen el carácter de tales y se dirigen a gobernantes, obreros, estudiantes y maestros; otras son invectivas o tienen forma de "sermones". Son incitaciones, autodefensas o acusaciones de andadura bíblica como que responden a su conciencia del profetismo requerido por una misión que según llegó a creer, su propio nombre le señalaba ineludible. Un *Decálogo a los trabajadores* y otros mensajes señalan su rápida conversión ideológica hacia los movimientos de tinte comunista y explican su labor posterior en Cuba, país en el que trabajó desde fines de 1960. Aquí publicó parte de sus investigaciones sobre Martí y *Mi experiencia cubana* (título de la segunda edición, Montevideo 1965). Dos años después, regresaba a la Argentina, para morir en Bahía Blanca, el 3 de noviembre de 1963.

Entre la abundante bibliografía sobre su obra cuentan para una eficaz estimación de su influjo y permanencia: un número especial dedicado por la revista *Contorno* (diciembre 1954, Nº 4, Buenos Aires), el homenaje de la revista *Sur* (Nº 295, julio-agosto de 1965) y *El juicio de los parricidas* de Emir Rodríguez Monegal, editorial Deucalión (Buenos Aires, 1956). Esas páginas pueden informar sobre las posiciones polémicas en que las generaciones pos-

teriores enfrentan la obra de Martínez Estrada y cuánto le deben en lo positivo y en lo negativo del modo de aproximarse y el estilo con que se lo acepta o se lo combate. Enseñó a mirar con ojos nuevos una realidad de por sí problemática; facilitó peligrosamente el regusto de los alumbramientos intuitivos y los hallazgos paradójales haciendo de sí mismo un prisma imprescindible para explicar el complejo fenómeno que llamamos América.

Buenos Aires, enero de 1966.